

Querido Francisco:

Hoy tenemos contigo sentimientos contradictorios. Por un lado, estamos apesadumbrados y nostálgicos al pensar que te marchas después de tantos años juntos, pero, por otro, nos sentimos llenos de gozo al ver que el Señor sigue llamando a sus pastores a tierras lejanas para transmitir su mensaje y dar testimonio de fe y verdad. Sin embargo, es irremediable que nos sintamos tristes porque es mucho lo que has hecho por esta parroquia de Ntra Señora de la Esperanza.

Francisco, llegaste en un momento en el que la comunidad se encontraba en shock por lo acontecido con nuestro antiguo párroco, Paco Muñoz, pero fuiste un regalo del cielo porque reanimaste en nosotros la llama de la esperanza que teníamos extinta. Así, de la timidez de los primeros días pasaste a la valentía y el coraje que te han caracterizado durante todo este período.

De este modo, apreciaste que tenías un buen grupo de jóvenes llenos de ilusión y decidiste aprovecharlo. Así, surgieron numerosas iniciativas que se han ido consolidando a lo largo del tiempo: los campamentos del Rocío, la peregrinación a Guadalupe, la Virgen de la Cabeza o Fátima, las fiestas de inicio y final de curso, retiros, convivencias, verbenas... ¡incluso nos preparaste una sala de juegos! Y todos estos proyectos han sido posibles gracias a ti, a tu apoyo incondicional a todo (aunque pareciese una locura).

Pero no sólo nos has ayudado en lo material y lo físico, sino que también nos has acompañado en lo espiritual, en el duro caminar que es la vida. Tu fe y tu palabra han sido muchas veces los vivificadores de nuestros corazones dormidos y poco atentos al Padre. Aún recuerdo cómo nos mostrabas a Dios como un padre bondadoso que se preocupaba por sus hijos, alegando que no era “un Dios relojero sino un Dios de misericordia”. Misericordia con nosotros, con los demás y con Dios es el preciado regalo intangible que nos dejas y que portaremos con mimo y cuidado hasta el mismo día de nuestra muerte.

Y si nos has aportado mucho en lo material y lo espiritual, en lo personal tampoco te has quedado atrás. Siempre has estado dispuesto a reunirte con nosotros y sacar un rato, aunque no lo tuvieras, siempre te has preocupado por saber cómo nos encontrábamos cada uno, siempre con una sonrisa en la cara, aunque a veces se disipara un poco en los momentos de tensión. Yo veo en ti la palabra “siempre” grabada a fuego mientras que el “nunca” lo tienes casi desterrado.

Ese “siempre” es el que creo que te hace volver allá de donde viniste, a la misión. Tu sí a Dios te conduce de nuevo a tierras extranjeras, pero estoy seguro de que la ardua labor que allí realizáis será para ti alivio, consuelo y gozo. Francisco, vuelve a disfrutar de la sencillez de las personas que no han conocido a Dios, de la alegría de aquellos niños que no tienen nada, de los valores familiares que toman por bandera, en definitiva, vuelve a disfrutar del

Dios puro al que estás acostumbrado y no del Dios difuminado que muchas veces tenemos en nuestras sociedades ajetreadas y faltas de valores.

Tu tierra te llama y nosotros hoy la regaremos con lágrimas porque nuestro sacerdote, el que tanto bien nos ha hecho, se marcha. Ve tranquilo, Francisco, porque aquí has cumplido tu cometido y dejas un legado muy grande y difícil de superar. Sin más preámbulo, gracias, gracias por haber estado y por haber formado parte de la historia personal de cada uno y de la historia de la parroquia. Te queremos y, aunque esta palabra no te guste, no nos olvidaremos de ti NUNCA.

Te queremos.

Los jóvenes y la parroquia de Ntra Señora de la Esperanza.